XX

Los poetas epigramáticos de la corte, que en otro tiempo llamaban desdeñosamente á Juliano *victorinus* (conquistadorcillo), recibían sorprendidos las noticias de las continuas victorias del César. Lo ridículo se transformaba en terrible. Hablábase mucho de sortilegios, de secretas fuerzas demoniacas que venían en ayuda del amigo de Máximo de Efeso.

Juliano había conquistado é incorporado de nuevo al imperio romano: Argentoratum, Bracomagum, Tres Tabernae, Salison, Numetes, Vaugion, Moguintiac. Los soldados le adoraban como antes; Juliano se convencía cada día más de que los dioses olímpicos le protegían. Pero por prudencia continuaba yendo á las iglesias cristianas y en la ciudad de Viena, en la ribera del Ródano, había asistido expresamente á una misa solemne.

A mediados de Diciembre, el César conquistador volvía, después de una larga campaña, á sus cuar-

teles de invierno, en su muy querida ciudad de *Parisis-Lutetia*, en las orillas del Sena.

Anochecía; el cielo septentrional admiraba á los meridionales con sus reflejos verde pálidos. La nieve que acababa de caer crujía bajo los pies de los soldados.

Lutecia, construída sobre una islita, estaba rodeada de agua por todas partes. Dos puentes de madera ponían en comunicación la ciudad con las riberas. Las casas eran de arquitectura galo-romana, con anchas galerías con cristaleras, que reemplazaban los pórticos descubiertos de los países meridionales. Por encima de la ciudad se elevaba el humo de una infinidad de chimeneas. Los árboles estaban cubiertos de escarcha.

En los jardines, á lo largo de los muros orientados al Mediodía, se apretaban como niños frioleros, higueras cuidadosamente envueltas en paja, traídas por los romanos.

Aquel año el invierno era riguroso, á despecho de los vientos del Sur que precipitaban el deshielo.

Enormes bloques de hielo, chocando unos con otros y atropellándose, flotaban sobre el Sena. Los guerreros romanos y griegos los miraban sorprendidos. Juliano admiraba las masas transparentes, ya azules, ya verdes, y las comparaba al mármol de Frigia, ligeramente teñido, de vetas esmeraldinas.

Había algo en la belleza triste del Norte que le cautivaba y hacía vibrar su corazón como un lejano recuerdo. Llegaron al palacio, enorme construcción que erguía las negras siluetas de sus arcadas

de ladrillo, y de sus torreones en el cielo crepuscular.

Juliano entró en su biblioteca; hacía frío; encendieron un gran fuego en el atrio y le entregaron varias cartas llegadas á Lutecia durante su ausencia. Una de ellas, de Asia Menor, era de Jamblico. Juliano, sentía que le envolvía el hábito oriental.

Fuera, el huracán ruuía furioso; el viento bramaba. Hubiérase dicho que alguien llamaba en las puertas cerradas. Con los párpados cerrados, Juliano creyó ver las propileas de mármol, veladas por la obscuridad, pasar rápidamente y confundirse como nubes doradas en el horizonte.

Estremecióse y se levantó. El fuego, habíase extinguido. Un ratón, roía pergaminos en la biblioteca.

Juliano deseaba ver un rostro humano. Con una sonrisa burlona se acordó de que tenía una mujer. Era una pariente de la empepatriz Eusebia, llamamada Elena, y que el emperador había casado á la fuerza con Juliano, poco antes de la marcha de éste á la Galia.

Juliano no amaba á Elena. Aunque había pasado más de un año desde su casamiento, casi no la había visto, no la conocía, no había pasado una noche junto á ella. Su mujer permanecía virgen.

Desde su adolescencia no había pensado más que en ser *la esposa de Cristo*. La idea del matrimonio le causaba repugnancia. Al principio se creyó perdida; pero después, viendo que Juliano no exigía de ella las caricias conyugales, se tranquilizó y vivió en el palacio como una monja, siempre melancólica, tranquila, vestida completemente de negro.

Elena, en sus oraciones, había hecho voto de castidad.

Aquella noche una curiosidad malévola impulsó á Juliano á ir á la torre en que rezaba su mujer. Abrió la puerta sin llamar y entró en la celda. La virgen estaba arrodillada ante un facistol terminado en una gran cruz.

Juliano se acercó á ella tapando con una mano la llama de su lámpara, y durante algunos minutos la miró con ceño adusto. Elena estaba tan absorta en su oración, que no lo notó, Juliano dijo:

—¡Elena!

Ella dió un grito y volvió hacia Juliano su rostro pálido y severo.

—¡Como me has asustado!

Juliano contempló de manera extraña la gran cruz, el Evangelio, el facistol y murmuró:

—¿Rezas aún?

—Sí, y por tí también... César muy amado.

—¿Por mí? Verdaderamente... Confiesa que me crees un gran pecador, Elena.

Ella bajó los ojos sin responder. Su rostro se puso aún más ceñudo.

—Nada temas. Habla. ¿No crees que soy culpable, de algo especialmente, respecto de Dios?

Elena raspondió en voz muy baja:

—¿Especialmente?... Sí, me parece... No te incomodes...

—¡Estaba seguro de ello!... ¡Vamos, dilo!... ¡Me arrepentiré!

Elena replicó más bajo aún y más gravemente:

—¡No te rías!... Yo responderé de tu alma ante el Eterno...

—¿Tú... por la mía?

—¡Estamos unidos para siempre!

—¿Por qué medio?

—Por el sacramento del matrimonio.

—¿El matrimonio religioso?.. ¡Pero hasta la fecha somos extraños el uno al otro, Elena!

—¡Temo por tu alma, Juliano!—repitió ella, fijando en él sus ojos inocentes.

Poniéndole la mano sobre el hombro, Juliano contempló burlonamente el semblante pálido, del que manaba un frío de castidad. Unicamente resaltaban de un modo extraño los labios sonrosados, la boca muy bonita y muy pequeña, entreabierta con expresión de miedo interrogativo.

Juliano se inclinó hacia ella y antes que de ella hubiera tenido tiempo de evitarlo, la besó en los labios.

Elena dió un salto, se precipitó hacia el rincón opuesto de la habitación y se ocultó el rostro con las manos. Después, mirando á Juliano con ojos locos de pavor, se persignó precipitadamente, murmurando:

—Lejos de mí, lejos de mí, impuro... Te conozco... No eres Juliano; eres el demonio... ¡En nombre de la muy santa cruz, te conjuro... desaparece!

La cólera se apoderó de Juliano. Fué hacia la puerta y echó el cerrojo; después, aproximándose á Elena, dijo sonriendo:

—Vuelve en tí, Elena... Soy un hombre, soy tu marido... ¡y no el demonio!... La Iglesia ha bendecido nuestra unión...

Cuanto más la odiaba, tanto más deseaba poseer

aquella virgen severa. Elena se pasó las manos lentamente por los ojos:

—¡Perdóname!... ¡Me había parecido!... ¡Me has asustado de tal manera, Juliano!... Ya sé que no me deseas mal alguno... Pero yo he tenido visiones... Ahora he creído también... ¡«El» ronda por aquí, de noche! Le he visto dos veces... me ha dicho cosas malas de tí... Desde entonces tengo miedo... «El» me ha dicho que llevabas en tu rostro la señal de Caín... ¿Por qué me miras así, Juliano?

Elena tembló y apoyóse contra la pared. Juliano se aproximó á ella y la cogió por la cintura.

—¿Qué haces? ¡Déjame, déjame!

Elena intentó gritar, llamar á la criada.

—¡Eleferia!... ¡Eleferia!

—¿Por qué llamas? ¿No soy tu marido?

Ella se puso á llorar amargamente.

—«¡Hermano mío!...» «Esto» no debe ser... ¡Soy la desposada de Cristo!... Yo creía que tú...

—¡La desposada del César romano no puede ser la desposada de Cristo!

—¡Juliano!... Si crees en «El»...

Juliano se echó á reir.

—¡Detesto al Galileo!

Con un supremo esfuerzo, Elena intentó rechazarlo y desesperada, exclamó:

—¡Vete!... ¡diablo! ¡diablo!... ¡Señor, por qué me has abandonado!

Juliano cubría el cuello de Elena de audaces besos. Parecíale que cometía un asesinato. Ella se había debilitado de tal manera en la lucha, que apenas resistía, murmurando:

—¡Ten piedad!... ¡hermano mío!

Con sus manos impías le arrancaba los negros vestidos. Su corazón estaba lleno de terror; pero nunca en su vida había experimentado tal embriaguez del mal. De repente, á través de la tela desgarrada, resplandeció la rosada piel. Entonces, irónicamente, con sonrisa de desafío, el César romano miró hacia el rincón opuesto de la celda, donde brillaba la luz débilmente, iluminando en el muro la gran cruz negra...

. . . . . .

. . . . . .